

EL ATLANTE.

*Aquel pueblo es verdaderamente libre
donde las leyes mandan y los hombres obedecen.*

✠ *La purisima Concepcion de Ntra. Sra. Cuarto meng. á las 10 y 39 min. de la noche en Virgo. Revuelto*

Cádiz 22 de Octubre.

DE NUESTRAS ESPERANZAS.

Cinco años ha que el fuego devorador de la guerra civil que se encendiera en el estrecho recinto de las provincias vascongadas, y prendió tambien en las Castillas y en Aragon y Valencia, consume la riqueza nacional, destruye las reputaciones militares y politicas mejor sostenidas, y nos tiene envueltos en un caos espantoso de miserias y desolacion. = Aplicaronse en el principio remedios suaves al mal que amenazaba, remedios desconformes á su indole, y el mal creció y se propagó con increíble rapidez. Aplicaronse despues remedios empiricos que en si eran bastante fuertes y al parecer adecuados para la curacion; pero como eran propinados sin inteligencia; sin mas tacto que el que tiene de ordinario un curandero charlatan, tuvimos el pesar de observar su ineficacia y vimos desmentida con el trascurso del tiempo la célebre cuanto imprudente promesa de concluir en un semestre la guerra civil. = Un ministerio que por las personas que lo componian, por los principios que representaba, por el apoyo con que contaba en todos los talentos de la Nacion, por la representacion nacional ilustradísima que estaba elegida é indudablemente lo sostendria; y por las simpatias que habia logrado en las naciones aliadas, estaba destinado para salvar la nuestra, cayó violentamente á impulsos del motin de la Granja que la historia juzgará adjudicándole la ignominia de que es merecedor. = El ministerio que le siguiera, despues de haber probado la amargura de los reveses que eran consiguientes al origen impuro que

le dió el ser, despues de haber cometido toda especie de desaciertos no pudo sostenerse contra su impopularidad en el ejercito y en el pueblo, y entregó el gobierno á sus sucesores, empeorada notablemente la causa de la patria, ya se considere simplemente la suerte de las armas y la disciplina del ejercito ya el crédito del Estado, ya lo que se entiende por administracion. En estado tan deplorable se aventuró el gabinete presidido por el Conde DE OFALIA á tomar sobre sus hombros la pesada carga del gobierno, y aunque constantemente perturbado por los desacertados tiros de la oposicion consiguió restablecer la disciplina hacer entender al pueblo en lo que estaba su conveniencia, y desacreditar para siempre las insurrecciones como perjudiciales, al mismo tiempo que innecesarias pues probó con hechos que sin ellas era posible que las armas de la libertad alcanzasen la victoria. La tentativa frustrada de Morella fué seguida de la caída de un ministerio á quien tanto debe sin disputa la Nacion, y á aquella desgracia acompañaron sucesivamente el predominio de CABRERA, el abandono del sitio de Estella, el infeliz encuentro de ALAIX, el reves de PARPIÑAS y la conmocion de Zaragoza. ¿Cuáles deber ser nuestras esperanzas en semejante coyuntura? -- A nuestro entender la mas fundada esperanza debe librarse en la reunion de las Cortes convocadas para principio del mes entrante. Si en todas las naciones la reunion de los cuerpos deliberantes se espera con curiosidad, con interes y hasta con inquietud, pues estrechando al pueblo con el gobierno se reparan los males causados por la separacion temporal de uno y otro se avienen los partidos, se conocen

las necesidades del pais, y se procura obviar á ellas; y si este interes y esta inquietud son mayores en las naciones poco adiestradas en el gobierno representativo por que tienen mas que esperar, claro es que en España que tanto necesita, que por tantos males se encuentra combatida, que tantos partidos encierra, y que comienza á practicar esta especie de gobierno, debe ser mayor la ansiedad. España necesita un gobierno fuerte que, aprovechando los elementos existentes, dé vida y movimiento á los ejercitos; y este gobierno no puede ser creado sino por la opinion que se manifieste en las Cortes. En España debe manifestarse una mayoría poderosa por la causa del orden que, prescindiendo de la divergencia de pareceres que puede existir en cuestiones secundarias concurre á dar estabilidad y firmeza al gabinete que produzca, y la transacion de pequeños intereses que es preciso intervenga para este fin no puede ajustarse, ni darse á conocer ni tener resultado alguno sino entre los representantes de esos mismos intereses; entre los directores de la opinion en las Cortes.

España necesita concluir la guerra civil que tan empeorada está desde que cerraron sus sesiones los cuerpos deliberantes: y si bien los planes de campaña no han de discutirse en el congreso ni en el senado, pues el trazarlos corresponde á los generales, que dependen del gobierno; los medios se aprueban y facilitan por los representantes de la Nacion; y esos medios, son ahora mas que nunca, necesarios. Todos los elementos, pues, de salud están en las Cortes y en el sistema que en las Cortes se desenvuelva. La mayoría de las actuales en sus sesiones apoyó al gabinete de

OFALIA; pero solo en las cuestiones de mas importancia estuvo unida y compacta: en las demas votó indistintamente con el gobierno y con la oposicion; y habiendo caido aquel ministerio y sucedidole otro que aunque de principios conservadores no ha tenido hasta el presente ocasion de desplegar un sistema verdadero de gobierno, es natural, y debe esperarse, que esa misma mayoria, firme en sus principios, dé mas solido cimiento al ministerio que los profese para evitar los males que produjo su tibieza, y hoy produce la tibieza, por decirlo asi, de los actuales gobernantes.

Y acordes de este modo, y firmes en su proposito, y guiados á la raiz del mal, legisladores y consejeros de la Corona terminarán la lucha que la separacion del trono y el pueblo ha contribuido á prolongar, y que hay elementos para acabar enteramente en los recursos de la nacion, en el buen animo de los defensores de la libertad, en el ejercito, cuya constancia y sufrimiento son superiores á todo elogio y en fin en la observacion de que en la Europa culta es imposible el triunfo del despotismo. Un esfuerzo de nuestra parte, un sacrificio de nuestras mezquinas pasiones, que el amor propio conduce á sostener á todo trance, basta para salvarnos.

(El Tiempo)

Variedades.

Historia del Papa Gregorio

VII y de su siglo.

ARTÍCULO 14.

Vamos á asistir al acto de abatimiento mas grande que ha sufrido jamás una corona ante la tiara. Mas antes de entrar en pormenores, indaguemos, si es posible cuáles serian los verdaderos motivos que tuvo Gregorio VII para proceder con tan extraño rigor. Sin duda es preciso dar en esto alguna parte á las ideas de aquellos tiempos y á las costumbres recibidas en la Europa cristiana; mas las considera-

ciones de esta especie no tienen valor sino con respecto á la forma del castigo, y queda todavía mucho que explicar en un monumento de severidad tan desusado y memorable. ¿No veremos en el otra cosa que un despique del orgullo ofendido? Seria ciertamente difícil de creer que el alma de Gregorio VII estuviese tan desprendida de todos los sentimientos personales que no influyesen en su conducta, aunque fuera sin conocerlo el mismo. Pero no ver en aquella, otra cosa que el orgullo ofendido, seria reducir la escena mas extraordinaria y grandiosa á unas proporciones bien estrechas. Seria explicarla de un modo igualmente incompleto que mezquino: seria no comprender ni el genio ni el carácter de Gregorio VII, y no hacer justicia á los hechos. Observémos que en medio de aquellos altercados tan violentos y ni aun en las severas respuestas dadas en Canosa, Gregorio VII nunca hace nada, ni pide nada para si mismo. El hombre desaparece siempre en presencia del Pontifice. El honor ultrajado de las Sta. Sede es el único que en su boca exige una satisfaccion. Es menester restaurar el honor y la dignidad. Todo lo demas, las injurias personales, no hace mencion de ellas, y las sepulta en el olvido. Estos sentimientos honran sobremanera al Pontifice, y justifican en gran parte su proceder.

Enrique IV llega al castillo de Canosa. A la puerta del primer recinto se dá orden á su comitiva para que se vuelva. Entra el solo; le hacen pasar al segundo recinto; le detienen en el patio; le despojan de las insignias de la dignidad imperial, que entrega á sus conductores; le hacen dejar sus vestidos y su calzado, le ponen sobre la carne una túnica de lana semejante á un cilicio. Se dice tambien que para mayor verguenza le pusieron en las manos los instrumentos de la tonsura y la flagelacion. Allí pues en el rigor del invierno, expuesto á la intemperie, de rodillas, sin tomar alimento para el dia implorando con gemidos desde la mañana hasta la noche la misericordia de Dios y el perdón del Pontifice. El segundo dia amaneca, y se pasa del mismo modo; llega el tercero y Enrique IV arrodillado sobre las piedras tuvo que comprar con sus ruegos, gemidos y lagrimas su dolorosa absolucion. Entonces Hugo de Clugni y la Princesa Matilde instaron con mas empeño al Ponti-

fice para que pusiese término á tan rigorosa penitencia. Llegaron hasta el punto de decirle (El mismo Gregorio VII lo refiere), que su conducta mas bien que de un apóstol parecia digna de un tirano. El Pontifice cedó á sus ruegos. El cuarto dia consintió en recibir á Enrique VI, en absolverle del anatema y en reconciliarle con la Iglesia. Mas antes de hacerlo, le impuso varias condiciones que Enrique aceptó y confirmó con su firma y los juramentos mas solemnes. Los Principes y Princesas que habian intercedido por el, como tambien Hugo de Clugni, salieron por fiadores de que cumpliria su promesas,

Despues de estos preliminares Enrique es admitido á la presencia del Papa: este pronuncia la absolucion delante de un auditorio compuesto de sacerdotes, nobles y pueblo que habian acudido á ver aquella respetuosa ceremonia. En seguida se dirige al altar y celebra Misa. Despues de la consagracion, teniendo en sus manos la hostia, hace acercar al Emperador, pone por testigo de su inocencia en punto á las acusaciones que se le hacian, al cuerpo de nuestro Señor, que iba á recibir, pidiendo á Dios que le quite la vida si es deliocuente; divide la hostia y comulga con la mitad. Luego presentando á Enrique IV la otra mitad del sacramento, le dice; hijo mio, haced lo que me habeis visto hacer. Los señores alemanes os acusan de muchos crímenes, y piden que se os prive del altar y seais depuesto del trono. Quieren que seais juzgado, y ya sabeis la incertidumbre de los juicios humanos. Si estais inocente, librad á la Iglesia de este escándalo y á vos mismo de tantas dudas. Tomad en seguida parte de la hostia para que esta prueba de vuestra inocencia cierre la boca á vuestros enemigos y me autorice á ser en lo sucesivo vuestro mas acerrimo defensor. Yo me encargo, si lo haceis, de reconciliaros con los señores del imperio y apagar asi la guerra civil.

Enrique, sorprendido, consternado de esta inesperada propuesta, retrocede temblando. Agobiado por su conciencia, no se atreve á hacer un experimento, el cual, segun la opinion comun, era un lance de vida ó muerte. Rehusa pues la parte de hostia. Poco despues, volviendo en sí de su primera turbacion, consulta con algunos confidentes suyos, y ruega al Pontifice que difiera su juicio hasta el primer conci-

lio general. Gregorio VII no dejó sin embargo de darle la comunión para acreditar que estaba enteramente absuelto, y en seguida le despidió, después de convidarle á una comida de reconciliación. El Pontífice participó inmediatamente á los señores del imperio la absolución del Emperador, y las condiciones estipuladas antes de recibirla. Esto sucedía desde el 25 al 28 de Enero de 1077.

Los obispos y señores de la Lombardía que se lisonjaban que el Emperador había venido á Italia para dar la ley al Pontífice, quedaron conternados cuando supieron que la había recibido de él, y de una manera tan dura é ignominiosa. Una indignación violenta mezclada de desprecio se manifestó en todas partes contra Enrique IV. Resolvieron no reconocer más tiempo la autoridad de un Soberano que se había envilecido con una condescendencia tan baja. Conmovieron al pueblo, le excitaron contra el Emperador, y formaron una conspiración, cuyo objeto era deponerle, elegir en lugar suyo á su hijo todavía de muy corta edad, conducirle á Roma juntamente con su madre y nombrar allí otro Pontífice que le coronara y aboliera todo lo que había hecho Hildebrando.

Enrique IV, noticioso de este designio, procuró á toda prisa apaciguarlos. Les manifestó que había sido preciso impedir á toda costa los planes de los señores del imperio. Estas razones y los ruegos del Príncipe los hicieron desistir de su empresa; pero si conuvo la rebelión, no pudo librarse del menosprecio. Los señores lombardos se retiraron de su ejército sin despedirse de él ni pedirle licencia; los nobles y prelados, lejos de tratarle con respeto, le hicieron todo especie de reconvenciones; hasta el pueblo le insultaba cuando atravesaba las ciudades y aldeas; en una palabra llegó á ser el objeto de la aversión general. Entonces en su natural inconstancia y la falta de dignidad que habían caracterizado siempre su conducta le precipitaron de nuevo. No miró otra cosa que la necesidad de recobrar al afecto de sus vasallos de Lombardía y no se habían pasado aun dos semanas desde los solemnes juramentos de Canosa, cuando formó la resolución de quebrantarlos. Rompió el tratado hecho con el Papa; llamó otra vez á los obispos excomulgados, y prorumpiendo en invectivas contra Gregorio VII no tra-

tó de otra cosa que de excitar á los señores lombardos á vengarle. Así fué como logró apaciguarlos y reunir un ejército.

Continuará

LOS GLADIADORES INGLESES.

El *Derecho*, periódico inglés acaba de revelar la existencia de una raza que há tiempo se creía estinguida; la de los gladiadores. Dos famosos bojeadores ingleses, Adam y Swift, se habían dado una cita últimamente en Charenton.

Llegados al terreno señalado, los jueces del duelo piden haya silencio; uno de ellos lee la fórmula de costumbre, concebida en estos términos poco más ó menos:

“Este combate se hace por cincuenta liv. st. de apuesta por cada parte formando el total de cien liv. st. cuya suma será entregada al vencedor.”

“Los Sres. N. N. quedan elegidos Jueces del campo y M. N. Juez árbitro.”

“Estos decidirán si los golpes son de ley; está prohibido herir á un combatiente con la cabeza (bul-ting).”

“El tiempo de las interrupciones (ronds) se fija en medio minuto.”

“Si los padrinos no colocan á sus campeones frente á frente su adversario, dada la señal, será considerado como vencido.”

“No es permitido á nadie (excepto á los padrinos) prestar ningun auxilio á los combatientes.”

Después de esta lectura sacan los Jueces sus relojes: estos son cronómetros de Breguet, que marcan con exactitud los minutos y segundos, y uno de los Jueces dá la señal.

Los campeones se avanzan, llevando por todo vestido unos calzones cortos sujetos á la cintura y borceguies ligados á las piernas, con la suela claveteada en derredor.

La ventaja del terreno se echa á la suerte con una moneda á cara y cruz: la suerte se decidió en favor de Swift.

Este campeón es de pequeña estatura; pero nervudo: su mirada es segura y aparenta ser dulce; mas su sonrisa tiene algo de cruel. Hay en su estudiada sangre fría, en el aire feroz de este asesino de hombres, un no sé qué, que causa horror.

Su padrino es el de los bo-

jeadores ingleses, el invencible Burke, apellidado *el Campeón los tres Reinos*. Este es el mismo que acaba de annaciarse últimamente en todos los periódicos ingleses, un desafío, en el cual apostaba 500 liv. st. Fastidiado de la ociosidad en que lo ha puesto el terror que inspira su nombre, ha llegado de Londres espresamente para ser el padrino de su amigo Swift. Tiene el torso de un Hércules; pero de un Hércules de callejuela: sus ojos son muy pequeños y hundidos, su cabezamazuy ancha y el cabello erizado y muy áspero; su boca grande, siempre entreabierta, con forzada sonrisa y adornada de anchas cicatrices, le dán el aspecto de un viejo y sosegado león.

Adam es fuerte, rehecho, musculoso; es lo que se llama una materia bruta, mal proporcionada y que por acaso se ha revestido de una forma humana. Toma posición con el aplomo y el natural de una máquina organizada para dar ó recibir golpes. Al ver sus quijadas desgarnecidas de dientes, que ha dejado en los campos de batalla y sus ojos vicios y empañados, se le tomaría por un tipo fiel de los malvados que se albergan en el fondo de las cavernas de Escocia.

Su padrino, conocido con el nombre de Saylor—Boy (joven marinero) es también un admirable atleta. Por lo demás, su aspecto nada tiene de particular, sino un corte de cara que atestigua gloriosos servicios.

Cerca de ellos se sitúa, á título de aficionado, el célebre Dutch—San, llamado en Inglaterra el joven fenómeno (*youngh phenomonal*). Se señala por el aire de indiferencia y ligereza con que fuma su cigarro. Sirvió de padrino á Swift en su último combate, después del cual se han desterrado ambos de Inglaterra para escapar á las persecuciones de la justicia.

El padrino es en los combates, el apoyo inteligente del bojeador, quien le aconseja, quien le inspira las astucias propias de su ejercicio, quien sostiene su moral y reanima de cuando en cuando su valor con algun chiste ú ocurrencia graciosa. El ayudante agregado está encargado especialmente de la parte animal; hace, en esta lucha de hombres, el oficio que ejerce el palafrenero en las carreras de caballos.

El es quien introduce en la boca del bojeador caído, la botella de agua, de la cual deja caer algunas gotas que refrescan su árida lengua

y restituyan la respiración á su pecho; quien colocado ya detrás de él, ya un lado y á otro, siempre listo, dispuesto á seguir sus movimientos, mientras dura el combate, enjuga su sangre y sus sudores, quien rocía con su boca sobre las espaldas del campeón sobre su pecho, en las orejas y en su rostro, agua espirituosa y de tal virtud que entona sus músculos y reanima su cerebro.

A una nueva señal, los adversarios toman su posición. Ya se miden con sus ojos terribles uno á otro, de arriba á bajo, se tocan con sus puños cerrados, se retiran, se estiran, se reconocen mutuamente como se hace con las espadas en cualquier desafío.... Estremece al espectador la idea de lo que vá á seguir á estas amenazas silenciosas, terribles, cuando se hace oír la voz de: "Una libra contra tres: pongo 100 liv. st. por Swift."

"Es un cantor de Londres muy afamado, dicen: quien hace esta apuesta. Empéñanse otras nuevas... y bien pronto hay dos campos contrarios entre los espectadores del mismo modo que entre los bojeadores.

Largo tiempo quedó indecisa la victoria. La masa enorme del cuerpo de Adam era mas pesada, levantaba del suelo á su contrario; pero el golpe de vista de Swift era mas vivo, sus movimientos mas flexibles, su fuerza moral muy superior.

Es preciso confesarlo; los espectadores desinteresados é imparciales hacían votos por Adam. Había mas lealtad, mas buena fé, de su parte que del lado contrario. Con frecuencia se alzaba este grito contra Swift: ¡Shame! ¡Shame! (¡vergüenza! ¡vergüenza!) y, en efecto, siempre que la lucha era cuerpo á cuerpo, se valía de la astucia de llevar la mano izquierda al rostro de su rival y apretar con tanta fuerza su nariz dolorida, horrorosamente hinchada y sangrienta, que Adam no encontraba otro medio de evitar este intolerable suplicio, que el de dejarse de espaldas.

A menudo caían juntos los dos al suelo: los padrinos y los ayudantes les secaban las llagas que cubrían sus cuerpos y semblantes, los rociaban con agua de nieve, apoyaban sus cabezas contra unos lienzos refrigerantes, y al momento en que iba á espirar el medio minuto, aquellos enfermeros, en la actitud de dos personas que levantan del suelo á un paralítico, tendido boca arriba y lo llevan con cuidado á una poltrona, así los conducían al

cinco poniéndolos cara á cara uno de otro, y al instante volvía á empezar la lucha.

Veinte y cinco veces habia comenzado esta de nuevo: las heridas se habian multiplicado; la sangre habia saltado, como por los caños de una fuente, de todas las partes vulnerables de sus cuerpos (está prohibido dár golpes por debajo de la cintura) y ya no era posible adivinar quien vencería.

Segun el parecer de los inteligentes era este un hermoso combate, lleno de táctica, de hábiles maniobras, en fin, era la ciencia puesta en práctica con la mayor nobleza.

Sin embargo, despues de haber pasado hora y cuarto de combate, Adam, que no veía ya nada con el ojo derecho, porque la órbita estaba oculta enteramente, bajo una inflamación inmensa, pareció tener menos probabilidad de triunfar que su adversario Swift, aunque el párpado de este estaba tambien casi cerrado.

"Diez guineas contra una por Swift".... dijo en alta voz, su mas fanático partidario.

Nadie aceptó la apuesta.

Es preciso confesar que este terrible justador, precedido de la reputación y de la autoridad que dan tres cadáveres recientes, influía quizá sobre la imaginación de su rival, tanto por aquellos formidables trofeos adquiridos, como por el aplomo de su tenaz resistencia y la impetuosidad de sus ataques.

Sin embargo, Adam le acertó á dár un golpe en una de las sienas, que le hizo dár en tierra. Yo, por mi parte creí no se volviera á levantar.

"¡Bravo! Jack, good well done!" (¡Bravo! ¡Bien!.... ¡Bien hecho!) tal fue la aclamación de todos los espectadores imparciales.

Swift no aguardó á que pasase el medio minuto; mientras que su ayudante le frotaba aun las sienas con un pedazo de franela, y le lavaba los ojos, cubiertos de sangre, lanzó una de aquellas miradas que parecen decir: "He aquí tu último triunfo.... prepárate á morir." Así lo comprendieron sus partidarios todos.

Now Swift (á tí, á tí te toca, Swift), *strihe fair* (fírmale á él, dale, juega limpio), *bung his peepers* (atízale á los ojos): decían sus partidarios.

Con estas escitaciones habia perdido Adam su sangre fría hé aquí donde me lo aguardaba Swift, siempre tranquilo, en calma, dueño de su

furor. Mientras que su adversario, jadeando, trata de derribarlo en tierra, dá un salto, ase con fuerza al grueso atleta, lo levanta del suelo con el brazo izquierdo, le descarga con el derecho un horroroso golpe sobre la sien, y lo arroja violentamente contra tierra, en medio del asombro general y de los aplausos del mismo campo enemigo, trasportado de entusiasmo.

Este era el golpe decisivo. Adam magullado en todas las partes de su cuerpo, con la vista casi apagada, vuelve á ser colocado en su puesto: ya no podía luchar.... Un golpe dado por último entre los ojos, lo derriba en el suelo, aturdido como una pobre rata que cae en la ratonera. Sus piernas rehusaban sostenerlo mas tiempo: apenas tuvo fuerza para decir que se rendía y quedar sin movimiento en brazos de sus partidarios.

(El Tiempo.)

VENTA DE BIENES NACIONALES.

En virtud de la prevención 2.^a del Art. 3.^o del Real decreto de 19 de Febrero de 1836 y artículo 35 de la Instrucción de 1.^o de Marzo del mismo año sobre venta de bienes nacionales; se hace saber al público para los fines consiguientes que habiéndose sacado á 2.^o remate la finca situada en Ofra que con fecha 8 Octubre proximo pasado se anunció en los periodicos de esta Capital para el dia 24 del mismo mes resultò que la postura mayor hecha á la expresada finca fué de 7000 rs. vn.

Santa Cruz de Tenerife Diciembre 7 de 1838. = Francisco Diaz Leal.

TEATRO.

El drama nuevo en 4 actos traducido del frances

RICARDO DARLINGTON.

Intermedio de baile, y el sainete

LA INOCENTE DOROTEA.

Editor responsable- P. M. RAMIREZ.

Imprenta de EL ATLANEE.